

Capítulo 1.3

Pensar en una educación humanista. La posibilidad de otra escuela

Alex Sánchez
aosanchezh@pucp.edu.pe

Joel Rojas Hernández
jarojash@pucp.edu.pe

Elizabeth Gutierrez Primo
elizabeth.gutierrezp@pucp.edu.pe
Grupo de Investigación Aprendizaje, Innovación y Organizaciones Educativas
Pontificia Universidad Católica del Perú

<https://doi.org/10.61728/AE20250119>



Resumen

El capítulo propone un cambio en la educación actual hacia un enfoque más humanista, alejándose de las exigencias económicas globales y acercándose al desarrollo integral de los estudiantes. Reflexiona sobre qué tipo de educación existe hoy y por qué es necesario transformar y cambiar la escuela, estableciendo una base sólida para esta transición. Se sugieren cinco aspectos clave para incorporar una educación humanista, destacando el rol esencial del docente, quien toma en cuenta la trayectoria de vida de los estudiantes. Además, enfatiza la importancia de una escuela con una infraestructura que facilite la colaboración, promueva la interdisciplinariedad y esté en sintonía con su entorno.

Introducción

En un contexto global marcado por cambios acelerados y complejos, se hace crucial replantear los principios de la educación para responder de forma efectiva a las demandas actuales. La fundamentación de este enfoque humanista se centra en el convencimiento de que la educación debe ir más allá de la transmisión de datos y convertirse en un proceso formativo integral que humanice a los estudiantes. Este proceso tiene que afianzar sus bases en tres pilares fundamentales: el desarrollo integral de la persona, la humanización de sus capacidades y el compromiso ético con su entorno.

La educación, así conceptualizada, no solo logra el crecimiento intelectual, sino que a la vez promueve la sensibilidad, la ética y la responsabilidad social, brindando a las personas las oportunidades necesarias para que puedan contribuir a la mejora social y la sostenibilidad del planeta. Por tanto, este enfoque se convierte en una propuesta urgente y necesaria para convertir a la escuela en un catalizador de valores humanos, que, como el aire que se respira, es una necesidad básica en nuestra sociedad actual.

Por tanto, se vuelve imperativo repensar la educación desde una perspectiva humanista. Es aquí donde la escuela, como institución fundamental en la formación de ciudadanos, tiene la responsabilidad de trascender los modelos tradicionales y evolucionar hacia este enfoque humanista que

priorice el desarrollo integral de la persona, en lugar de la transmisión y reproducción de conocimientos. Es por ello que, en el presente capítulo, se sugiere y se exploran cinco componentes esenciales para la construcción de una escuela humanista que se centre en la revalorización de la persona y su relación con el mundo, preparando a las nuevas generaciones para enfrentar con éxito los retos del presente y futuro. Estos son: Educación para una sociedad humanista, otra estructura escolar, rol docente transformador, trayectorias de vida: más que un currículo y estudiante para vivir y dar vida.

Fundamentación

¿Qué es educación?

La educación como tal ha sido comprendida y conceptualizada de múltiples formas a lo largo de la historia, permeando su estructura a partir de los valores y necesidades de cada época. Sin embargo, y en esencia, la educación debe apuntar a ser un proceso formativo que humanice a las personas de forma integral, brindándoles así la posibilidad de desplegar todas sus potencialidades, especialmente en aras del bien común. Teniendo en cuenta lo mencionado, el proceso educativo tiene que buscar ser inclusivo, ético y transformador, para lograr la suma de fuerzas que permitan la construcción de una sociedad respetuosa y equitativa.

Lo dicho da señales de una educación humanista, que sienta sus bases en tres pilares fundamentales: el proceso formativo de las personas, la humanización integral y el fomento de capacidades al servicio del mundo. En primer lugar, el proceso formativo de las personas evidencia la necesidad de buscar un desarrollo que no solo se centre en las habilidades intelectuales, sino también en otros aspectos de alta resonancia (importancia e impacto) como la sensibilidad, la ética, la ciudadanía, la afectividad y la formación del cuerpo (Sánchez, 2015). Esto conecta con la idea de que la educación debe ser experimentada por los estudiantes no solo como un mero acto de transmisión de conocimientos, sino como un proceso constructivo-cognitivo que pueda fomentar la autonomía y el pensamiento crítico.

Por su parte, la humanización integral como pilar refleja el fin último de la educación, esto es, promover el desarrollo integral de las personas, es decir, el fortalecimiento de todas y cada una de sus dimensiones. Más aún en tiempos donde la economía y el poder desmedido marcan las pautas del comportamiento general global, es realmente necesario que se recupere la capacidad de la educación para humanizar, promoviendo valores como la empatía, la justicia y la solidaridad. Sin perder de vista lo anterior, el último pilar pone sobre la mesa la necesidad de que la educación empodere a los individuos para que utilicen sus capacidades en beneficio de su comunidad y el mundo. Esto refleja un fuerte nivel de compromiso con el entorno y con todos los seres que habitan el planeta, reforzando una ética enfocada en el cuidado y la protección, así como en la promoción de la sostenibilidad.

En resumen, la propuesta de educación responde a un enfoque centrado en la humanidad, en el mundo, en la relación e interacción con los seres vivos y no vivos, en la posibilidad de poder transformar de manera ética y, sobre todo, desenvolverse demostrando todas las competencias para el bien común posibles. Por lo tanto, la educación que se trata de transmitir es aquella que tiene como fin humanizar a las personas, para que puedan cuidar su mundo y buscar nuevas maneras para mejorar la convivencia con los demás.

¿Por qué otra escuela?

La primera pregunta que nos planteamos es por qué una nueva escuela, si esta viene funcionando por más de cien años con pocos cambios, donde la infraestructura estandarizada (aulas, espacios) y la organización son más importantes que el cómo aprenden los estudiantes, la propuesta pedagógica y los intereses formativos de los docentes. Cabe destacar que, si bien la infraestructura escolar resulta ser uno de los insumos que influye en el fortalecimiento de conocimientos y habilidades en los estudiantes, la evidencia muestra la existencia de problemas en materia de equidad y suficiencia para asegurar los aprendizajes, especialmente en escuelas rurales. De esto se deduce que, en un sistema educativo, no es suficiente contar únicamente con la infraestructura, sino que esta debe ser adecuada y accesible para todos los estudiantes (Saravia y Terrones, 2017; Sánchez, 2020).

Otra interrogante es: ¿por qué la escuela no cambia? Tenemos claro que hay cuestiones estáticas en la escuela que la modelan, de ahí que surgen ciertos artefactos como los rituales, las metáforas, las normativas y los mitos, entre otros, que cuidan esa quietud o no cambio; aunque las organizaciones que han cambiado han aprovechado estos artefactos para hacerlo. A lo que nos referimos es a la cultura de la escuela, que es dinámica, pero en la práctica se hace estática y perpetúa ciertas acciones, percepciones y opiniones que nos llevan a pensar que lo establecido puede acomodarse, pero no cambiar, porque resultaría ser muy riesgoso. En esta línea, Elías (2015) manifiesta que la cultura escolar, al constituirse como un conjunto de significados compartidos, usualmente moldea las ideas y acciones de las personas. A su vez, sostiene que su carácter estático puede crear un carácter único en el sistema social y promover un sentido de pertenencia y compromiso, mientras que su carácter dinámico puede estar sujeto a cambios cuando los miembros de la organización interactúan con nuevas ideas y enfoques.

A partir de lo expuesto, surge la siguiente interrogante: ¿es posible el cambio de la escuela? Asumimos que sí, pero ¿por dónde empezar? Primero, es importante plantear el tipo de educación que se desea desarrollar. En estos tiempos se debe insistir en una mirada más humanista y descartar los vicios de lo económico. Según Rodríguez y García (2003), se necesita concebir a la educación como una palanca para el cambio, mediante la cual el que aprende deja de ser un receptor de información para convertirse en un gestor de conocimiento. Segundo, resulta necesario definir la propuesta pedagógica, que debe responder a intereses, necesidades y demandas del contexto y lo que esperamos a futuro. Tercero, es relevante tener claro cómo aprenden los estudiantes, además de su desarrollo, cambios, intereses, etc. Según Aizpuru (2008) y Sánchez y Pérez (2017), bajo el paradigma humanista, es importante considerar en el estudiante no solo el aspecto cognitivo, sino también el afectivo, sus intereses y valores individuales, a fin de concebirlo como una persona integral que contribuye activamente a la transformación social. Con estos puntos podemos orientar lo que debe ser la escuela, desde su misión, infraestructura, rol docente, organización y participación de la comunidad, entre otros.

Asumiendo lo indicado, es posible tener una nueva escuela que responda a la humanidad que deseamos y necesitamos frente a cambios globales

que cada vez merman a nuestro planeta y, por tanto, a todos los seres vivos. En este sentido, esta nueva escuela debería ser totalmente diferente a lo que conocemos, y sobrepasar la imagen de tener aulas y un patio, exámenes y tareas, o formación diaria y actividades sin sentido formativo, entre otras cosas. Aunado a ello, se hace necesario tener otro profesor, entendido como el profesional que forma personas y despliega toda su formación para humanizar; que busca despertar, hacer soñar y orientar hacia la libertad, respeto y compromiso con el otro y el mundo. Es decir, el profesor es clave para que esta nueva escuela se concrete y logre los objetivos deseados. Por lo tanto, su formación debe ser de alto nivel, abarcando aspectos emocionales, conocimientos y valores. El docente tiene la misión de estimular la autonomía, la reflexión y la autoevaluación por parte de los discentes, así como de respetar la singularidad de cada uno de ellos. Para ello, no solo es importante que desarrolle un profundo respeto hacia su labor, sino que también cobra relevancia su actualización constante para perfeccionarse en su quehacer docente para asegurar una mayor capacidad de adaptación del servicio educativo (Aizpuru, 2008; Sánchez y Pérez, 2017; Miranda, 2023).

En este sentido, la educación que brindamos a través de las escuelas que conocemos está dando alertas de qué se debe cambiar y mejorar por la humanidad, y no por los resultados de las evaluaciones internacionales que provocan efectos desalentadores y no necesariamente lo contrario, porque vemos el puntaje como una aspiración de estar bien, cuando el significado de la educación tiene otro sentido, como el crecimiento en sí mismo, los valores, el cambio de mentalidad, la participación para mejorar el entorno y ser un ciudadano que responda a la humanidad. Otra alerta es la convivencia en las escuelas, ya que se vuelve cada vez más riesgoso el vivir ahí con el otro: en algunos casos se es presionado y, en otros, se afecta la vida del estudiante y del profesor. Según Serey y Zúñiga (2021), debido a los cambios provocados por la pandemia, se requiere que la escuela se enfoque en la convivencia escolar, viéndola como una oportunidad para desarrollar nuevas formas de interacción basadas en valores como la autonomía, el diálogo, el respeto y la solidaridad.

Propuesta

A partir de lo planteado, sugerimos algunas estrategias a manera de propuesta para llevar a cabo otra educación desde una mirada humanista, porque la escuela tradicional, con su enfoque en la memorización y transmisión de conocimientos, no ha podido dar pie a las demandas propias del siglo XXI, donde las necesidades emocionales, sociales y éticas de los estudiantes son latentes. Es que el modelo humanista que se propone está basado en la revalorización de la persona y su relación con el mundo, persigue la transformación del espacio escolar en un entorno donde se pueda fomentar la integralidad, la creatividad, el pensamiento crítico y la responsabilidad social. Para ello, se ve necesario proponer cinco componentes esenciales que, interconectados, puedan guiar la construcción de una escuela adaptada a las complejas necesidades actuales.

Educación para una sociedad humanista

La escuela no existe en la nada, es un reflejo de la sociedad a la cual pertenece y, como ya se ha deslizado entre líneas, cuenta con la posibilidad de transformarla. Ante esto, se requiere una educación que postule valores como la solidaridad, la empatía, el respeto, la justicia social y el cuidado del otro, y que genere un entorno donde la equidad, la igualdad e inclusión no solo sean ideales de alta abstracción, sino, y específicamente, de prácticas cotidianas.

Por ello, algunos principios claves que debe abordar la educación son los siguientes: integrar la enseñanza del respeto hacia todas las personas, reconociendo su dignidad sin distinciones. En este caso, la educación debe inspirar a los estudiantes a pensar críticamente, a valorar la diversidad cultural y ser partícipes activos de una cultura de diálogo y participación democrática. Asimismo, el currículo y las prácticas escolares tienen que integrar temáticas tan importantes como las desigualdades económicas y sociales, de la misma manera que deben promover la justicia social; esto último como un escalón importante en la senda de la transformación social y en la construcción de una sociedad más justa y humana.

Finalmente, es menester fomentar el sentido de comunidad y responsabilidad colectiva, donde los logros personales estén conectados al bien-

estar común. Por ejemplo, la sostenibilidad ambiental, que es otro pilar de una sociedad humanista, porque enfatiza el desarrollo de una conciencia ecológica en beneficio de las generaciones presentes y futuras. Ante lo expuesto, cabe decir que, al promover el respeto por la dignidad humana, la justicia social y la sostenibilidad, se podría avanzar hacia un mundo más humano que priorice la mejora de la calidad de vida de los individuos y la cohesión comunitaria y/o social.

Otra estructura escolar: no es un horario rígido

A diferencia del modelo tradicional, que presenta una estructura rígida que normalmente obstaculiza la innovación y la adaptación a las diversas necesidades de los estudiantes, la escuela humanista busca ser flexible tanto a nivel de organización como de enfoque pedagógico, permitiendo ajustes en espacios y tiempo de aprendizaje. En este sentido, se hace importante mencionar algunos elementos de esta estructura flexible. Para empezar, se tiene que contar con espacios de aprendizaje abiertos; esto es, la disposición física del entorno escolar debe favorecer el diálogo, la colaboración y la creatividad. Además, es importante contar con una organización dinámica, donde las jornadas y las mismas metodologías sean adaptables y no cerradas (rígidas), permitiendo así el avance según ritmos, intereses y capacidades diferenciados. Por su parte, es crucial contar con la participación comunitaria, esto es, estudiantes, docentes, padres de familia y stakeholders (partes interesadas) deben contar con un papel activo en la toma de decisiones, asegurando así que la institución responda a la realidad y necesidades del contexto al cual pertenece. No podemos repensar la nueva escuela con la misma estructura; sería forzar lo que existe sin cambio alguno.

Rol docente transformador

El docente ocupa un lugar central en la construcción de una sociedad humanista. Su rol trasciende la simple transmisión de conocimientos, convirtiéndose en un facilitador del desarrollo integral de los estudiantes. Este nuevo rol requiere un cambio en la formación y desarrollo profesional

del docente (los principios propuestos anteriormente pueden reorientar la formación), así como de las habilidades socioemocionales, pedagogía humanista y desarrollo ético, destacando que el docente pueda diseñar experiencias de aprendizaje que fomenten la autonomía, creatividad, investigación y reflexión en los estudiantes. Además de adoptar una visión holística de la educación, integrando principios humanistas que valoren la dignidad, la empatía y el respeto por la diversidad, al tiempo que se apoya en los avances de las neurociencias para optimizar el proceso de enseñanza-aprendizaje.

Aunado a ello, se resalta la idea de que el docente no solo debe impartir clases, sino que debe guiar a los alumnos en su proceso de descubrimiento y crecimiento, ayudando a concretar el significativo y altamente valorado momento de conexión entre lo que se aprende con su propia experiencia y los problemas del contexto de referencia. Cabe destacar que, en una sociedad moderna, el docente debe ser flexible, capaz de integrar nuevas herramientas y enfoques pedagógicos que enriquezcan el aprendizaje y lo hagan relevante para la realidad actual y, a su vez, de formar a estudiantes para un mundo en constante cambio. Asimismo, y de suma importancia, el docente debe ser modelo de comportamiento al poner en práctica valores como la integridad, la empatía y el respeto. De esta forma, se constituye como un pilar importante y necesario para construir una sociedad más justa, empática y cambiante.

Trayectorias de vida: no todo está controlado (planificación)

Proponemos como orientador educativo la “trayectoria de vida de los estudiantes”, el cual valora y resalta el sentir del estudiante en el ámbito educativo.

Pensar en la trayectoria de vida de los estudiantes como orientador del aprendizaje –enmarcado en una educación humanista– nos permite brindar una educación integral y personalizada, respetando su propio desarrollo dinámico y que responde a la situación real de cada estudiante, así como a sus intereses, necesidades, capacidades, anhelos, sueños y decisiones.

En este sentido, el pensar la educación desde las trayectorias de vida de los estudiantes nos permite reconocer la diversidad de cada uno desde

una mirada de respeto; pone énfasis en los procesos de aprendizaje, donde cada uno traza sus formas, etapas, exigencias y no son presionados por una evaluación. Además, empodera a los estudiantes desde sus propias trayectorias, que, si bien son acompañados por su familia en los primeros años de escolaridad, desde esta perspectiva aprenderán a tomar decisiones basados en sus intereses, situaciones, influencias y entorno.

Un punto clave de esta educación humanista, basada en trayectorias de vida, es la flexibilidad e interdisciplinariedad, porque deja de lado la departamentalización por comprender diversas situaciones sin restricciones, siendo capaz de integrar áreas del conocimiento para estudiar los diversos fenómenos que suceden en su entorno y planeta. Para esto, debe fomentarse una cultura de reflexión, colaboración, crítica, investigación y creatividad, sostenida, con el desarrollo emocional, ético y social para que de esta manera tenga una mirada amplia de las cosas y no cerrada en áreas específicas.

Por ello, es importante explorar las metodologías activas, porque permiten lo indicado en el estudiante y lo hace protagonista de su propio aprendizaje, donde el docente es un orientador que reta y exige el aprendizaje de sus estudiantes. Es decir, se respeta el camino educativo de cada estudiante y se logra una educación significativa y liberadora.

Estudiante para vivir y dar vida

La educación humanista tiene que enfocarse en formar a las personas para que puedan vivir en armonía consigo mismas, con los demás y el entorno, reflejo, por tanto, de una vida plena, significativa y éticamente responsable. Este tipo de vida pone en evidencia que las personas tienen autonomía personal, por lo que es importante fomentar en los estudiantes la capacidad para tomar decisiones de forma informada, responsable y autónoma. Además, y como ya se ha mencionado en varios pasajes de esta producción, la convivencia y el respeto son bases para vivir y dar vida, por lo que se debe preparar a los estudiantes para interactuar y trabajar en armonía con los demás, respetando diferencias y promoviendo la justicia y equidad en todas las esferas de la vida. Por último, vivir para dar vida pone especial énfasis en el cuidado del entorno. Ante ello, la educación humanista debe desarrollar en los estudiantes una conciencia ecológica que promueva el

cuidado y la sostenibilidad del ambiente, por medio de la valoración y protección de la naturaleza, elemento que significa reconocer como parte integral –y crucial– de la vida.

Reflexiones

Por tanto, la reflexión inicial y la propuesta descrita a detalle pone sobre la mesa la necesidad ineludible de establecer cambios en educación, sobre todo en un mundo que enfrenta desafíos cada vez más complejos y acelerados. Este capítulo pretende ser un llamado a la reflexión y la acción, que se dirige a docentes, líderes educativos y todos aquellos comprometidos con el futuro de la sociedad. La educación, tal como la conocemos, ha sido un pilar fundamental en la construcción de las sociedades modernas, pero su estructura rígida y su enfoque en la transmisión de conocimientos ha dejado de ser suficiente. En este momento se requiere una escuela que no solo forme mentes, sino que humanice a todas las personas, preparando a las nuevas generaciones para ser ciudadanos éticos, responsables y comprometidos con el bien común.

En este sentido, ¿estamos, como docentes y miembros de la comunidad educativa, dispuestos a repensar y reconstruir la escuela desde sus pilares fundamentales? La reflexión sobre esta pregunta nos lleva a cuestionar la pertinencia y permanencia de un sistema educativo que prioriza resultados de pruebas estandarizadas sobre el desarrollo integral estudiantil. ¿Por qué seguimos midiendo el éxito educativo en términos cuantitativos y no desde la cualidad, desde el nivel de crecimiento personal, la sensibilidad ética o la capacidad de transformar el contexto de referencia? Para que una nueva escuela de corte humanista vea luz, es esencial y nuclear que los docentes asuman un rol transformador, no solo siendo meros transmisores de datos, sino convirtiéndose en guías, orientadores, expertos en el desarrollo de las competencias críticas, creativas y éticas de los estudiantes.

El futuro de la educación llama a abrazar una pedagogía que vaya más allá del currículo tradicional, que desconecta la enseñanza de la vida real de los estudiantes. ¿Cómo podemos, entonces, diseñar caminos que respeten y promuevan la diversidad de experiencias, intereses y capacidades? La respuesta se encuentra alrededor de la adopción de un enfoque flexible y

centrado en el estudiante, donde el aprendizaje se construya a partir de vivencias y proyecciones. Este enfoque no solo permitirá una educación más personal y significativa, sino que también motivará a los estudiantes a ser protagonistas de sus propios procesos de aprendizaje —y, por supuesto—, agentes de cambio de su entorno.

Con todo lo dicho hasta el momento, se puede clarificar el siguiente llamado a la acción: necesitamos una escuela que forme de verdad, que forme personas para vivir y dar vida, que forme para convivir de manera pacífica, que forme el respeto por el prójimo y el entorno, y que forme una verdadera y profunda conciencia ecológica. Es imperativo que todos los actores educativos nos comprometamos con esta transformación y trabajemos unidos para hacer realidad una educación que elimine de su esencia todo rastro de fines competitivos, y que se enfoque en lo importante: preparar humanos en todo el sentido de la palabra, humanos que promuevan un mundo solidario, justo y sostenible. Así, la pregunta final aparece con fuerza en nuestras mentes y corazones: ¿estamos listos para asumir este reto? La respuesta está en nuestras manos; es tiempo de actuar ahora.

Referencias bibliográficas

- Aizpuru, M. G. (2008). *La Persona como Eje Fundamental del Paradigma Humanista*. Acta Universitaria, 18, 33-40. <https://www.redalyc.org/pdf/416/41601804.pdf>
- Ararat Cuberos, E. M. (2022). La innovación educativa: un reto para la educación pospandemia. Episteme. *Revista de divulgación en estudios socioterritoriales*, 15(1). <https://doi.org/10.15332/27113833.8461>
- Elías, M.E. (2015). La cultura escolar: Aproximación a un concepto complejo. *Revista electrónica Educare*, 19(2), 85-301. <https://www.scielo.sa.cr/pdf/ree/v19n2/a16v19n2.pdf>
- Leiton, M., Mesa, M. y Ortiz, S. (2022). Retos de la educación: una mirada durante y después de la pandemia (2019- 2022). *Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar*, 6(2), 1718-1730. https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v6i2.1987
- Ministerio de Educación. (2017). *¿Cómo se relaciona la infraestructura de la escuela con los aprendizajes de los estudiantes?* (Zoom educativo N° 3). Lima:

- Oficina de Medición de la Calidad de los Aprendizajes. http://umc.minedu.gob.pe/wp-content/uploads/2017/05/VF_zoomeducativo_3.pdf
- Miranda, P. (28 de febrero de 2023). *Educación en el Perú: breves apuntes sobre cómo garantizar una educación de calidad*. IDEHPUCP. <https://idehpucp.pucp.edu.pe/boletin-eventos/educacion-en-el-peru-breves-apuntes-sobre-como-garantizar-una-educacion-de-calidad-27818/>
- Rodríguez, M. y García, I. (2003). El aprendizaje para el cambio. Papel de la educación. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 10(32), 317-335. <https://www.redalyc.org/pdf/105/10503212.pdf>
- Sánchez, A. (2015). Percepciones de docentes sobre la Educación Humanista y sus dimensiones. *Revista Educativa Hekademos*, (17), 7-22. <https://www.hekademos.com/hekademos/media/articulos/17/01.pdf>
- Sánchez, A. (2024). Prólogo. En D. Jasso, y S. Villagrán (Coord). *Disertaciones en torno a la Nueva Escuela Mexicana en la Educación Media Superior* (p.11-12). Universidad Autónoma de Zacatecas
- Sánchez, L.A. (2020). Suficiencia y equidad de la infraestructura escolar en el Perú: un análisis por departamentos y regiones naturales. *Revista Educación*, 44(2), 1-32. <https://www.redalyc.org/journal/440/44062184028/html/>
- Sánchez, V. y Pérez, M. C. (2017). La formación humanista. Un encargo para la educación. *Universidad y Sociedad*, 9(2), 265-269. <http://scielo.sld.cu/pdf/rus/v9n3/rus41317.pdf>
- Serey, D. y Zúñiga, P. (2021). La convivencia escolar post COVID 19: una propuesta didáctica desde el coaching educativo. *International Journal of Educational Research and Innovation (IJERI)*, (15), 143-161.

